

Antes de un breve comentario, aclaramos que las palabras o frases en cursiva se marcan esperando contribuyan a despejar dudas sobre la autoría del pasaje, el cual nos parece obra única de Sahagún y no resultado de noticias recogidas de informantes indios, y que él se limitara solo a copiar. Volveremos sobre este asunto medular más adelante. Por ahora, digamos que, como el pasaje no trata en particular de lo religioso —apenas hay el uso del adjetivo «diabólico», pero en su sentido negativo corriente y no doctrinal— se lee un texto aliviado del proceso de constante censura contrarreformista que se ejerce por todo este libro y su carácter anecdótico no carece de un humor liviano, aunque su autor no parece habérselo propuesto.

Por otra parte, no deja de extrañar la inclusión de esta anécdota en el discurso general de un tratado histórico de relativo rigor etnográfico y lingüístico, escrito por un sacerdote empeñado a su manera en la reconstrucción de la antigua cultura azteca; es decir, de un naturalista, como en su tiempo se debía entender este tipo de labor. Por esto acaso es que el narrador se distancia de lo contado y este hecho —dice— le sucede a «un caminante», cuya identidad no se proporciona, resguardándose así el autor por lo inverosímil de lo narrado.

Volviendo al carácter diabólico que Sahagún atribuye a este animal, además de «sagaz», lo señala luego como «vengativo» y rencoroso implacable, personificándolo al modo de algunos humanos que saben cultivar su rencor. Sin embargo, de inmediato pasa el texto a presentar sus «condiciones esquisitas», y en este punto se nota una cierta disposición consciente del narrador para contrastar lo malo introductorio con el tono benigno —y hasta exquisito, cierto— de la anécdota que continúa: el pago que por gratitud hace el coyote al salvador de su vida. La anécdota incluye, desde luego, un inicio sorprendente —el coyote clamando por auxilio al paso de un caminante— que se aparece en el momento de su emergencia; el humanizado animal le hace señal «con la mano», lo cual luego culmina en un desenlace no menos inesperado: el pago que el agradecido coyote hace a su salvador con esos dos gallos que trae por el pescuezo y, otra vez, haciéndole» señal con el hocico que los tomase.» Pero, como si esto fuera poco —en términos de suspenso y sorpresa narrativa— el coyote sigue sensatamente al caminante para saber dónde vive y, una vez en posesión de ese dato, le reitera las dádivas en gratitud por su ayuda salvadora.

Como si se tratase de una fábula tradicional, el animal piensa y actúa como un ser humano bondadoso e inteligente, pero, ciertamente,

nada de eso es aludido por un narrador que se presenta y es, sobre todo, un historiador: cualquier mención al popular género de la fábula hubiese desacreditado el tono que Sahagún impone a toda su relación. Por eso el desenlace de la unidad narrativa tiene un final abrupto luego del cual el autor retoma el proceso enumerativo de otras características del coyote, en general.

En uno de sus notables ensayos titulado «Relatos de la conquista», donde trata del matiz entre literario e histórico de estos textos, Tzvetan Todorov expresa lo siguiente: «El estatuto de todos esos textos, es decir, el contrato que se establece entre sus productores y sus consumidores, es el de literatura histórica: pretenden ser una representación fiel de los hechos; pero también, a veces sin saberlo, obedecen a las normas del relato y se articulan siguiendo las mismas figuras que se podrían encontrar en un cuento popular o en una novela de caballería. Esta doble pertenencia, “literaria” e “histórica”, evidentemente no tiene nada de nuevo, y solo en una época muy reciente se volvió paradójica»<sup>12</sup>.

En esta imposibilidad de prescindir de la tradición literaria para elaborar una relación de otro tipo, es donde encuentra asidero teórico la intuición de Anderson Imbert: no había crisis entonces en el modo de tratar lo acaecido, fuese verdad o solo verosímil; no había paradoja entre pureza histórica y destreza literaria. Dentro del gran discurso de los historiadores era bien posible hallar engarzados acabados relatos o cuentos breves, como los que han seleccionado Anderson y Florit para su antología. De aquí también que el episodio del coyote narrado por Sahagún comparta sin crisis su composición entre seria y jocosa, entre verdad y ficción.

## II

Volvamos ahora al asunto del relato sobre ese tan agradecido como peculiar coyote. En un artículo titulado «Los animales del Códice Florentino en el espejo de la tradición occidental», don Pablo Escalante Gonzalbo sostiene, como tesis central, que «El Códice Florentino proporciona información valiosa sobre las antiguas costumbres y creen-

<sup>12</sup> Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*. Trad. de Guillermina Cuevas. México: Grijalbo, 1990, p. 455.

cias indígenas pero, como texto, pertenece a la tradición occidental y sólo en ella se explica plenamente», (p. 52).<sup>13</sup> Pero luego de esta afirmación que del todo compartimos, porque sitúa la autoría de ese texto en las manos de Sahagún y su cosmovisión occidental, Escalante Gonzalbo agrega: «Esto puede apreciarse claramente en el libro XI, de historia natural: Esopo, Aristóteles, Plinio y San Isidoro son algunas de las referencias que nutren el trabajo, aunque lo más probable es que los informantes y *tlacuilos* de Sahagún no se valieran directamente de todas aquellas obras sino de compendios enciclopédicos». (52) Es decir, por un extraño giro, el investigador propone ahora que los informantes de Sahagún tenían ya una tan asumida cultura literaria occidental que este legado impregna y modifica la información que dan al cura copista. No se pregunta el antropólogo si el relato no será más bien obra toda y propia de Sahagún, quien sí pudo valerse de autores tales como Esopo y Plinio a los que conocía desde sus días de seminarista en Salamanca. Y aquí viene a cuento otra vez el episodio del singular coyote agradecido; porque Escalante Gonzalbo propone lo siguiente: «Después de describir sucintamente al coyote, los informantes de Sahagún hacen la observación de que se trata de un animal agradecido, y proceden a ejemplificar esta cualidad con la historia de un hombre que se encontró con un coyote en el camino. El coyote hizo al caminante un ademán con la pata...» (ofrece Escalante Gonzalbo una síntesis del mismo pasaje recién citado) y concluye: «Al poco rato volvió con un par de guajolotes en el hocico, mismos que obsequió a su salvador, luego le llevó otro guajolote a su casa, y al día siguiente otro más.» Se cita, claro, el Libro XI del dicho Códice florentino y, de seguido, se añade el siguiente comentario relativo a la descripción que del león hace Plinio: «Al finalizar su descripción del león, Cayo Plinio II explica que no son ajenas a esta fiera los sentimientos de misericordia y gratitud, y expone el caso de un Elpis de Samos...», quien también ayuda a un animal en peligro de muerte, y el cual es también recompensado por el animal, en este caso un león. Y concluye el crítico su repaso del incidente contado por Plinio, añadiendo una conclusión final: «...mientras el barco de Elpis estuvo atracado en aquel puerto africano, el león fue a llevarle a su auxiliador de comer todo lo que cazaba (Plinio, *Historia natural*, lib, VIII). Si bien la imagen de una

<sup>13</sup> El artículo apareció en la revista *Arqueología Mexicana*, 6, N° 36 (1999), 52-59, número dedicado a «Fray Bernardino de Sahagún. Investigador de la cultura prehispánica.»

*boa constrictor* no es ajena al repertorio iconográfico de Mesoamérica, la afinidad de ambas anécdotas nos hace pensar que los informantes de Sahagún conocían el relato del naturalista romano y lo asociaron con la descripción del coyote» (p. 53).

Poco después, para dar sustento a esta excéntrica tesis que supone a Sahagún solo como un fiel copista de cuanto le dicen, añade Escalante Gonzalbo: «Para valorar adecuadamente el contenido de la obra sahumantina, y en especial el del libro XI, de historia natural, que aquí nos ocupa, es preciso considerar esa tradición de la que forma parte. Esopo y Babrio, Aristóteles, Plinio, *El Fisiólogo*, Isidoro, Avicena y Alberto Magno son algunos de los puntos de referencia más importantes de esa tradición. Los hombres del siglo XVI novohispano, tanto frailes como colegiales y caciques indios, tenían acceso a las obras de esos autores gracias a las ediciones que de ellas se habían hecho desde los inicios de la imprenta. Ejemplares de algunas de estas obras, que pertenecieron a las bibliotecas conventuales, hoy forman parte del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional» (p. 55).

Así las cosas, además de aceptar sin reservas la presencia física de esos libros en el México de la primera mitad del XVI, se supone que sus potenciales lectores locales debían de haber dominado ya de tal grado el latín o el griego o el castellano, como para disfrutar sus sutilezas y emplearlas luego como modelos de elaboración literaria; esta aplicación de un modelo nunca ha sido, por cierto, mecánica: debe pasar, desde luego, por la asimilación lingüística y semántica de esos textos tradicionales en la lectura, comprensión y en los modos narracionales de los aztecas para luego ser recontados en una forma que adecua e inventa una nueva versión distinta pero similar a la tradicional.

Pero volvamos ahora a las frases o palabras puestas en cursiva en el texto antes citado de Sahagún, las que ayudarán a aclarar que es bastante improbable que este relato sea dicho por informantes indígenas conocedores de Esopo, Plinio y su tradición, sino que es en rigor obra del propio Sahagún que sí conoce desde jovenzuelo esas historias. En primer término, el relato dice «Hay *en esta tierra* un animal...» que se llama *cóyotl*, al cual algunos de los españoles le llaman zorro, y otros le llaman lobo. Y según sus propiedades, *a mi ver*, ni es lobo ni zorro, sino animal *proprio desta tierra*.» Es muy claro que el emisor de ese discurso no es de esa tierra puesto que se distancia naturalmente al decir *esta* en vez de *esta* tierra o *aquí*. La locución *a mi ver*,